

## TIPOLOGIA Y RECONSTRUCCION

Réplica a F. R. Adrados

*F. Villar*

Mi libro *Ergatividad, Acusatividad y Género en la Familia Lingüística Indoeuropea* (Salamanca 1983) ha merecido la atención de mi amigo y maestro Rodríguez Adrados en un reciente trabajo aparecido en *RSEL* 14.1984.107-18. Al hilo de las críticas a mis propuestas, Adrados plantea un problema de índole general: la legitimidad de la utilización de los resultados y hallazgos de los estudios tipológicos en la reconstrucción de estadios prehistóricos de las lenguas.

No acostumbro a polemizar con los reseñantes de mis libros, ni es mi intención cambiar de proceder. Pero esta vez haré una excepción atendiendo a dos razones. La una, el tema de metodología que pone sobre el tapete R(odríguez) A(drados). La otra, que sus páginas contienen no pocas imprecisiones que de no ser denunciadas podrían desorientar a los lectores.

Manifiesta RA que no le gusta la tipología sintáctica de autores como Greenberg, Lehmann, Comrie, etc., porque su propia visión de la lengua (la de RA) le hace hallar en ella «demasiadas especulaciones *a priori* que tienden a substituirse a la rica variedad de los hechos» (p. 108). Esta tipología se incardinaría —siempre según RA— en una corriente de pensamiento de raíces medievales: «Primero en Copenhague, luego en América ha surgido un nuevo estilo de lingüística que nos recuerda demasiadas posiciones me-

dievales o del Brocense o Port Royal o Condorcet. Un universalismo abstracto fundado por teóricos bastante alejados de la realidad de las lenguas (digo 'las')» (p. 118).

Desde el primer golpe de vista sorprende la confusión de los modernos estudios de tipología con la corriente de opinión «medieval-generativista». Bien es verdad que hay algunos tipólogos que han intentado casar tipología y generativismo. Y que en otros, como Lehmann, tipología y generativismo coexisten sin implicarse.

Pero en la mayoría de los tipólogos y en la que podríamos llamar «cross linguistics» muy en particular, hay un propósito consciente de ruptura con las corrientes generativistas. Se trata, en cierta medida, precisamente de una reacción contra las especulaciones de esa escuela. Programáticamente estos lingüistas se proponen acudir a las lenguas reales, en el mayor número posible, para hacer *inducciones* sobre el comportamiento de las lenguas a partir de los datos que de ellas se obtienen. En vez de definir, por ejemplo, en forma abstracta la categoría del sujeto para aplicarla luego a las diferentes lenguas del mundo, se trata de acudir primero a los datos que nos proporcionan las diferentes lenguas del mundo para examinar allí el comportamiento real del sujeto e inducir sólo entonces una posible descripción general de la categoría.

Comrie, por ejemplo, ha criticado y rechazado explícitamente el generativismo y otras variedades de la «multi-stratal syntax»<sup>1</sup>. Y por otra parte, también programáticamente, intentan que su estudio de las lenguas del mundo se haga desde posiciones teóricas neutras (*neutral approach*), en la medida de lo posible. Así se comportan de hecho los tipólogos en quienes se basa los presupuestos tipológicos utilizados en mi libro, y en particular Comrie a quien, junto con Greenberg, acusa Adrados, paradójicamente, de pertenecer a la corriente de opinión contra la que realmente él milita y a la que critica.

La manera empirista de trabajar de los tipólogos también les resulta un retroceso a los generativistas. Ahí están las palabras de Newmeyer al respecto: «An essentially atheoretical approach to syntax has emerged at several linguistics departments in California, where the sentiment that 'we must be prepared to devote much

---

1. B. Comrie: *Studies in Language*, 3, 1979, 267-276.

more time to empirical investigation' (Li 1977, p. XIX)<sup>2</sup> is regarded as counterposed to theory construction, rather than complementary to it. Many of the papers in the three volumes of conference proceedings edited by Charles Li illustrate this *regression to descriptivism*<sup>3</sup>. Esta crítica desde concepciones generativistas, aunque injusta por otras razones que no hacen al caso, cuadra al menos con el carácter empírico de esos tipólogos. En cambio, la crítica de RA les atribuye una conducta que ellos están lejos de practicar.

No entro en la polémica sobre la valoración que RA hace de la corriente que él califica de «medieval-generativista». Me limito a constatar que la moderna tipología sintáctica y la *cross linguistics* no sólo no pertenecen a ella, sino que surge en parte como reacción en contra.

Resulta chocante que RA acuse a Greenberg y Comrie (p. 118 en relación con 108) de que son teóricos «bastante alejados de la realidad de las lenguas». Espero que no resulte descortés la observación que sigue, ya que en ella me incluyo igualmente yo, pero la cantidad de lenguas que conocen y utilizan esos lingüistas hace que el conocimiento que tenemos RA y yo del fenómeno lingüístico (limitado a la familia indoeuropea) resulte más bien chato. Si alguien conoce realmente la riqueza y variedad de las lenguas («las», como enfatiza RA), son precisamente quienes como ellos conocen y utilizan centenares de las más variadas filiaciones.

## II

La descripción que RA hace del empleo de la tipología en la reconstrucción no es, desgraciadamente, más afortunada ni está en mejor armonía con la realidad que su crítica contra el carácter poco empírico de la tipología. En efecto, la cuestión de si el comparatista está legitimado para ayudarse de los resultados de la tipología la plantea RA en los siguientes términos: «Hasta ahora hemos trabajado en la reconstrucción del indoeuropeo... mediante

2. C. N. Li (ed.): *Mechanisms of syntactic change*, Austin, University of Texas Press, 1977, p. XIX.

3. F. J. Newmeyer: *Linguistic theory in America. The first quarter-century of transformational generative grammar*, New York, Academic Press, 1980, p. 245, nota.

los dos métodos ya clásicos de la comparación y la reconstrucción interna. Se trata de si a esos dos métodos debe añadirse como complementario un tercero: el de proyectar sobre las fases arcaicas del indoeuropeo esquemas tipológicos que se califican de universales o canónicos (ortodoxos, también) y a partir de los cuales habría tenido lugar la evolución histórica» (p. 107).

Si esa fuera realmente la ayuda que la tipología pudiera prestar a la reconstrucción yo me sumaría con convicción a su rechazo. Pero la retórica repulsa que RA lanza en p. 110 equivale a dar lanzadas a un moro muerto. Que yo sepa, nadie pretende tal cosa. En rigor, ni tan siquiera Lehmann. Y en cualquier caso es algo muy alejado del uso que yo hago y propongo de la tipología. En realidad, RA ha inventado su maniqueo para desplegar contra él una panoplia ociosa.

Como ese es el nudo gordiano de la polémica, me detendré ahora en su consideración. Yo formularé la pregunta de la siguiente manera: ¿qué puede aportar la tipología al método comparativo?; ¿es legítimo su empleo?

Lo que pretende la tipología y la «cross linguistics» es describir cómo funcionan realmente *las* lenguas. Para ello, el tipólogo compara las lenguas en su asombrosa variedad. La existencia de esa diversidad es una evidencia trivial. Pero sucede que, al estudiar la diversidad, se descubren formas de comportamiento comunes a un número de lenguas muy superior a lo que sería de esperar por el azar.

Pongamos un ejemplo, ya manido de puro repetido. Tomando en consideración los tres elementos básicos de la frase transitiva S(ujeto), V(erbo) y O(bjeto) y mezclándolos en todos los órdenes posibles, obtenemos seis combinaciones teóricas: VSO, SVO, SOV, VOS, OVS y OSV. Si fuera en sí mismo indiferente la utilización de un orden u otro para cumplir los fines de la comunicación, o en forma más general: si no hubiera ningún factor condicionante, esperaríamos que cada uno de ellos estuviera representado en una proporción similar entre las lenguas del mundo. Es decir, cada uno de ellos aparecería representado en un 16 % aproximadamente, con unos ciertos márgenes de variabilidad, debidos al azar.

Sin embargo, las cosas distan mucho de ser así. Aunque casi todos los órdenes se dan en alguna lengua real, la proporción en que está cada uno representado es significativa estadísticamente

y por consiguiente no puede ser fruto del azar. En efecto: *OVS* y *OSV* se encuentran mínimamente; *VOS* en una decena de lenguas en todo el mundo; *VSO* tiene ya una representación porcentuable, aunque baja. Pero en torno al 90 % de las lenguas del mundo tienen *SVO* o *SOV*.

Así, en medio de la evidente diversidad, surge un rasgo de comportamiento bastante uniforme. Si ante una lengua cuyo orden de palabras yo ignorara me aventurara a predecir que tiene *OVS* o *OSV*, tendría el 99,9 % de probabilidades de equivocarme. En cambio, si conjeturo que el orden es *SVO* o *SOV* tendré un 90 % de probabilidades de acertar.

En ese mismo ejemplo se comprueba uno de los rasgos habituales de las «cross linguistics generalizations»: su carácter estadístico. Bien es verdad que existen algunos universales absolutos. Pero en términos generales suelen ser bastante insustanciales y con interés escaso. La inmensa mayoría de las generalizaciones no da lugar a verdaderos «universales», sino a «universales estadísticos».

Una importante constatación de Greenberg, y luego de muchos otros, es que existen rasgos en las lenguas cuya presencia implica la de otro concomitante. Por ejemplo, el orden *SOV* implica el de *A(djetivo)-N(ombre)*. A tales hechos se ha dado el nombre de «universales implicacionales», que suelen ser de tipo estadístico. Continuando con nuestro ejemplo, quiere ello decir que con una frecuencia estadística significativa las lenguas que tienen el rasgo *SOV* tienen también *AN*. Naturalmente, eso no excluye la posibilidad de que una lengua en concreto tenga *SOV* y *NA*. Pero si yo conociera una lengua con *SOV* e ignorara si tiene *AN* o *NA*, podría predecir que tendrá *AN* con las probabilidades de acierto que me indique la frecuencia de su implicación con *SOV*.

Un paso ulterior consistirá en preguntarse el por qué de esas preferencias estadísticas. ¿Por qué los órdenes *SOV* y *SVO* son tan significativamente preferidos por las lenguas de cualquier familia, época o lugar? Descartado el mero azar por la fuerza de la estadística, el lingüista habrá de buscar la respuesta en el terreno de los mecanismos y reglas de funcionamiento del lenguaje. A veces, hechos de esa índole nos abren horizontes nuevos y nos proporcionan explicaciones sencillas que nos permiten conocer más profundamente la naturaleza del hecho lingüístico.

En nuestro ejemplo, resulta que los órdenes *SO* son preferidos a los *OS* porque *S* se comporta normalmente como tópico gramaticalizado, mientras que *O* suele ser parte del comentario. Y la estructura más simple del mensaje consiste en *tópico+comentario*, en ese orden porque el tópico es información vieja y conocida que sirve de apoyo o percha en la que se cuelga la información nueva.

Pero de los tres órdenes que tienen *SO* hay uno que sitúa el verbo al principio (*VSO*) y por consiguiente hace menos nítida la estructura *tópico+comentario*. Esas y otras razones hacen que *VSO* sea menos frecuente que *SOV* y *SVO* por ser estos últimos los órdenes más favorables y adecuados a las necesidades de la comunicación.

En resumen, podemos afirmar que la tipología y las generalizaciones inductivas de la «cross linguistics» nos enseñan cómo funcionan las lenguas reales, por qué lo hacen así y no de otra manera y cuáles son los límites de la variabilidad.

No es mi intención entrar en un debate formal sobre la contribución de la tipología a la lingüística histórico-comparativa. Se trata de una polémica no nueva, para la que prefiero enviar al lector a la literatura existente<sup>4</sup>. Yo me limitaré a exponer en las páginas que siguen cómo entiendo yo esa ayuda y en qué términos la acepto y utilizo.

El método histórico-comparativo, como todo el mundo sabe, comienza comparando los rasgos lingüísticos que se corresponden entre dos o más lenguas genéticamente emparentadas (o eventualmente entre dos fases de la misma lengua). Tomemos como ejemplo la desinencia *-a* de acusativo en gr. *patéra* y *-em* en lat. *patrem*; o el fonema inicial de lat. *septem*, gr. *heptá*. Una vez aislados los elementos a comparar (en nuestros ejemplos gr.-*a*/lat.-*em* y lat.-*s*/gr.-*h*), el paso siguiente es determinar cuál de ellos es el arcaísmo y cuál la innovación (o, en su caso, si ambos son innovaciones).

4. R. Jakobson: «Typological studies and their contribution to historical comparative linguistics», *PICL*, 8, 1958, pp. 17-24, Oslo; O. Szemerényi: «The new look of indo-european reconstruction and typology», *Phonetica*, 17, 1967, 65-66; Th. V. Gamkrelidze: «Language typology and language universals and their implication for the reconstruction of indo-european stop system», *Bono Homini Donum*, Amsterdam, 1981, vol. II, pp. 571-612; G. Jucquois: «Les universaux du langage et la theorie des proto-langues», *La reconstruction linguistique*, Lovaina, 1975, pp. 36-51; P. Sgall: «Typology and the development of indo-european languages», *PICL*, 10, 1970, vol. III, pp. 505-511, Bucarest; P. Ramat: «Linguistic reconstruction and typology», *JIES*, 4, 1976, 189-206; K. H. Schmidt: «Typologie und Morphonologie», *KZ*, 91, 1977, 1-10; G. Dunkel: «Typology versus reconstruction», *Bono Homini Donum*, Amsterdam, 1981, vol. I, pp. 559-70; etc.

Ese es el punto clave del método histórico-comparativo. A continuación habremos de proceder a reconstruir la (pre)historia de las lenguas encartadas, llegando al estadio más remoto que nos permite el método histórico-comparativo *sensu stricto*: la reconstrucción del antepasado común de las lenguas emparentadas. En nuestros ejemplos, habremos de establecer: 1) Si la lengua común tuvo *-em*, *-a* o ni una cosa ni otra, como desinencia de acusativo; y paralelamente, si el primer fonema para el numeral «siete» fue en la lengua común *s-* o *h-* (o ni lo uno ni lo otro). 2) Una vez establecida la protoforma, hemos de describir su evolución hasta los estadios históricos. Es decir: trazar la (pre)historia de cada lengua por separado.

Ni que decir tiene que la calificación como arcaísmo o como innovación es el punto crucial de todo el proceso. De nuestro acierto o desacierto depende que la reconstrucción del antepasado común sea correcta o errónea y que la historia de las lenguas sea descrita de forma ajustada a los hechos o exactamente en sentido inverso a lo realmente sucedido.

El comparatista cuenta en su ayuda con una serie de criterios que le permitirán elegir con mayor o menor probabilidad de acierto, según los casos. No voy a hacer aquí una enumeración de esos criterios, que el lector podrá encontrar reunidos en buen número en un conocido trabajo de Bonfante<sup>5</sup>. Me limitaré a recordar dos de sus características:

1) Que son de naturaleza muy variada, yendo desde los de simple sentido común (criterio de la antigüedad relativa) hasta los que se basan en la distribución espacial de los hechos (criterios del área aislada, de las áreas laterales, etc.).

2) Que no existe ni un solo criterio a disposición del comparatista que arroje un saldo de seguridad. Todos nos proporcionan simplemente un determinado índice de probabilidad. La lingüística histórica no es matemática.

Estos criterios se han empleado frecuentemente desde antes de su formulación explícita. Y no pocos de ellos se han utilizado desde casi los albores de la gramática histórico-comparativa.

Un alto porcentaje de esos criterios se basa, tácita o expresamente, en el conocimiento a veces intuitivo que los lingüistas del

5. G. Bonfante: «On reconstruction and linguistic method I-II», *Word*, 1, 1945, 83-94 y 132-61.

s. XIX tenían del comportamiento habitual de las lenguas y del modo en que normalmente evolucionan. Así, el criterio de las anomalías gramaticales, formulado por Meillet<sup>6</sup>, establece que entre una regularidad y una irregularidad normalmente el arcaísmo será la irregularidad. ¿Por qué? Porque el comportamiento habitual o normal de las lenguas consiste en que la analogía tiende a regularizar los sistemas. No al revés. Luego la irregularidad será el arcaísmo conservado a contrapelo de la analogía regularizadora.

Igualmente sucede con el criterio del «cambio fonético usual». En su virtud sabemos que entre *s-* del latín *septem* y *h-* del griego *heptá* el arcaísmo es *s-* porque el cambio fonético *s > h* es usual y, por el contrario, *h > s* es excepcional (aunque no imposible)<sup>7</sup>.

En el comportamiento normal de las lenguas se basan igualmente otros criterios también utilizados tradicionalmente, como el de la tendencia a abreviar las palabras, la imposibilidad de la escisión espontánea de un fonema, etc.

La moderna tipología está substituyendo el conocimiento tradicional del comportamiento normal de las lenguas, que era muy limitado, circunscrito y en gran medida intuitivo, por otro más completo, basado en un acervo empírico incomparablemente mayor y mucho más preciso y cuantificado. Y eso sucede tanto en el plano sincrónico (tipología a secas) cuanto en el diacrónico (tipología diacrónica). Esta última rama de la tipología está más rezagada que la primera, pero aun así está ya en disposición de brindarnos criterios concretos utilizables.

Respondo ahora explícitamente a las preguntas antes formuladas. Lo que la tipología y las «cross linguistics generalizations» pueden aportar al método comparativo es un mejor conocimiento de cómo funcionan realmente las lenguas y de cómo suelen evolucionar. Ese mejor conocimiento proporciona criterios para que el comparatista pueda orientarse y medir las posibilidades a la hora de decidir entre arcaísmo o innovación. Y al determinar porcentualmente la rareza estadística de ciertos hechos nos proporciona una cuantificación más o menos precisa de las probabilidades de acertar en cada decisión.

La utilización de los criterios tipológicos, así entendidos, no

6. A. Meillet: *The comparative method in historical linguistics*, University, Alabama, 1967, p. 31; «Character secondaire du type thématique indo-européen», *BSL*, 32, 1931, 149-203.

7. P. Naert: «Sur la méthode de la reconstruction interne», *Studia Linguistica*, 10-12, 1956-58, 1-8.



sólo es legítima para el comparatista. Es imprescindible. Si se desprecian los criterios que proporciona el conocimiento de la manera habitual de comportarse y evolucionar de las lenguas, habría que hacerlo tanto con los criterios derivados de la tipología moderna como con los tradicionalmente utilizados pues, como hemos visto, son de idéntica naturaleza.

Es obvio que, planteadas las cosas así, muy pocos comparatistas renunciarían a esos criterios. Cuando RA vitupera el recurso a la tipología necesita haber planteado primero un uso irreal y caricaturesco de ella: «proyectar sobre las fases del indoeuropeo esquemas tipológicos que se califican de universales o canónicos (ortodoxos, también) y a partir de los cuales habría tenido lugar la evolución histórica» (p. 107). Efectivamente RA tiene razón en que esa proyección no es lícita, y a continuación voy a insistir sobre los motivos. Pero antes debo precisar que el propio RA, después de su condena genérica del supuesto método tipológico, acepta el recurso a la tipología, e incluso mi propia utilización de la tipología, so pretexto de que se trata de una tipología cuyos datos serían «más reales y menos especulativos» (p. 113). De modo que habría datos tipológicos buenos y malos, más especulativos y menos especulativos. Como quiera que tanto los que RA aprueba como los que desaprueba proceden del mismo género de estudio tipológico, de los mismos autores, de las mismas lenguas y obtenidos con el mismo método, encuentro que la verdadera diferencia que hace a RA rechazar y aceptar alternativamente la misma tipología podría estar en la mayor o menor compatibilidad de los datos tipológicos con sus personales convicciones.

Conveníamos en que la proyección de los esquemas ortodoxos a las protolenguas no es lícita como método y como principio. Y no lo es por numerosas razones. Una de ellas, porque los prototipos canónicos o ideales son una posibilidad que a veces se realiza en las lenguas y a veces no. No constituyen ninguna necesidad ni diacrónica ni sincrónica. En consecuencia, a priori la protolengua no tendrá más probabilidades de haber contado con un sistema ideal que la que arroje la estadística sobre su porcentaje de implantación entre las lenguas del mundo.

Otra razón, no menos importante, es que las protolenguas, si cuentan con alguna realidad, es la de haber sido lenguas como cualquiera otras, que no están en el punto de partida teórico de

ningún ciclo evolutivo completo. Son simplemente el resultado de milenios de volución, artificialmente aislado por el comparatista en un punto concreto de su desarrollo, ni más ni menos significativo que cualquier otro momento anterior o siguiente.

RA tiene razón al afirmar que no encuentra motivos para que las protolenguas tengan preferencia por los sistemas ideales. Lo que no se ve bien es contra quién esgrime ese argumento. Que yo sepa a nadie se le ha ocurrido nunca afirmar lo contrario. Yo, en mi libro, ni lo afirmo ni lo practico, como haré ver más abajo.

Creo que queda así establecido que la ayuda que la tipología puede prestar al método comparativo no se relaciona con la canonicidad o la ortodoxia de los sistemas. Pero como Adrados formula en p. 110 una ringlera de preguntas, más bien retóricas, sobre el particular, me extenderé unos párrafos en determinar la significación de esos conceptos.

El comportamiento *normal* de una lengua en relación con un determinado rasgo se establece únicamente por un criterio estadístico de frecuencia, de modo que lo «normal» es lo que de hecho es más «frecuente». Volvamos a nuestro ejemplo del orden de palabras. Como decíamos, las lenguas con orden *SOV* suelen tener también *AN*. Añado ahora que tienen «normalmente» además *Genitivo-Nombre (GN)* y *Nombre propio-Nombre común (Np-Nc)* (también otros rasgos de los que prescindo por mor de la brevedad).

Resulta que en los respectivos sintagmas los elementos *A*, *G* y *Np* son determinantes, mientras que *N*, *N* y *Nc* son determinados. La generalización resulta obvia: las lenguas con orden *SOV* suelen preferir un orden *Determinante-Determinado*. El tipo «ideal» de lengua *SOV* será, en consecuencia, aquel en que todos los determinantes preceden a sus determinados. En nuestro inventario, el tipo ideal de lengua será el que reúna los rasgos *SOV*, *AN*, *GN* y *Np-Nc*.

Cada una de las implicaciones (por ejemplo *SOV* implica *AN*) consiste en una preferencia estadística (en nuestro caso, *SOV+AN* es estadísticamente más frecuente que *SOV+NA*). Pero la coincidencia simultánea de todas las implicaciones que constituyen el tipo «ideal» presentará una probabilidad estadística inferior que cada una de las implicaciones por separado, de forma que en sistemas de una cierta complejidad el tipo «ideal» puede no repre-

sentar un índice de probabilidad demasiado alto. La cuantificación exacta variará según factores muy diversos que no es necesario aquí determinar.

Es evidente, pues, que nada obliga a las lenguas a atenerse al tipo «ideal» (canónico y ortodoxo son denominaciones sinónimas). Como queda dicho, frecuentemente puede ocurrir que el tipo ideal no sea siquiera estadísticamente dominante. Aunque es igualmente cierto que existen lenguas que se atienen a los tipos ideales. De todos es sabido que el turco, entre otras lenguas, reúne todos los rasgos que hemos mencionado como implicados en el tipo *SOV*. En cambio, el vasco tiene *SOV*, *GN*, *NpNc* pero la falta *AN*, ya que su nombre precede al adjetivo.

En consecuencia, en los términos de «ideal», «ortodoxo», «canónico» no va implícito ni explícito ningún juicio de valor. No son mejores los ortodoxos que los heterodoxos, los puros que los mixtos. Ni las protolenguas tienen preferencia por la ortoxia. Ni hay más probabilidades de encontrar tipos canónicos entre las protolenguas que entre las lenguas reales. Nada de ello es verdad, ni nadie lo pretende.

Si tomamos como muestra un dilatado período evolutivo de cualquier lengua, encontramos sin duda que un determinado rasgo (o sistema de rasgos) evoluciona pasando de estadios no canónicos a canónicos y viceversa. Es probable, incluso, que en conjunto las lenguas estén más tiempo inmersas en situaciones no canónicas que canónicas. El cómo y el por qué se cambia de unos tipos a otros está siendo objeto de estimulantes debates.

Las probabilidades de que la protolengua reconstruida por el método histórico-comparativo coincida con una etapa de canonicidad en un determinado rasgo o sistema son, en consecuencia, aleatorias. Añádase a ello que, evidentemente, las situaciones canónicas de distintos rasgos de una lengua no tienen razón alguna para coincidir en una misma época. De forma que un corte sincrónico cualquiera contendrá rasgos en situaciones heterogéneas.

Tomemos ahora el resultado de la reconstrucción comparativa de un determinado rasgo (o sistema) y apliquémosle la reconstrucción interna para remontarnos más atrás en la corriente del tiempo. Nada tiene de inverosímil ni de improbable que en tan largos recorridos nos encontremos con que en algún momento el rasgo (o sistema) cuya (pre)historia perseguimos haya atravesado una

etapa de comportamiento más o menos canónico, que no será punto de partida ni punto de llegada mágico de nada. Será un avatar más de los procesos diacrónicos. Lo mismo que algunas lenguas reales tienen a veces sistemas «ideales», la protolengua puede tenerlos o haberlos tenido en determinados momentos de su prehistoria.

Paso ahora a aplicar la doctrina que acabo de exponer a mi reconstrucción del proceso que llevó al desarrollo de los géneros animado/inanimado en indoeuropeo. A partir de los datos comparativos yo, como todos los indoeuropeístas, reconstruyo un sistema muy similar al del griego o el sánscrito. Como precedente de ese sistema describo un largo proceso en el que se pasa por múltiples etapas. La que yo califico de «canónica» es una sola de ellas. Ni la primera ni la última. Una más. A la que llego, por cierto, no mediante una proyección teórica de esquemas tipológicos, sino mediante la conjunción habitual de datos estrictamente comparativos y de reconstrucción interna. Más abajo mostraré cómo, a pesar de la pretensión de Adrados de que para ello no hay datos comparativos, los hay y no pocos. Por lo demás, ya estaban aducidos en mi libro.

Resumo ahora lo dicho sobre la legitimidad del uso de la tipología en la reconstrucción: En la medida en que nos enseña cómo funcionan las lenguas y cómo suelen evolucionar, la tipología proporciona criterios al comparatista, de la misma naturaleza que los utilizados tradicionalmente. No se trata de añadir un tercer método a los ya existentes. Se trata simplemente de aportar criterios al método estrictamente comparativo y de potenciar el de la reconstrucción interna, que opera precisamente mediante la utilización del conocimiento que tiene el lingüista sobre el funcionamiento de las lenguas. Eso es todo lo que puede aportarnos la tipología. Nada menos que eso.

## III

Establecida la legitimidad de la tipología como ayuda para el comparatista, debo añadir algunas cosas sobre su modo concreto de empleo. En primer lugar hay que distinguir un uso como criterio negativo y otro como criterio positivo. Como criterio negativo la tipología nos advierte de lo que no debemos reconstruir. Como criterio positivo nos señala el camino por el que podría ir nuestra reconstrucción. De uno y otro empleo hay ejemplificación notable.

Así, Jakobson advirtió a los indoeuropeístas sobre el riesgo de reconstruir una etapa con una sola vocal. Un estudio de los sistemas vocálicos de unas 600 lenguas hace ver que lenguas con una sola vocal hay escasísimas. Como de ordinario, se trata de un universal estadístico, que podría formularse así: «con una frecuencia estadísticamente significativa las lenguas tienen más de una vocal». ¿Tiene el comparatista derecho a que sus protolenguas reconstruidas transgredan ese tipo de universal?

Comprendo que la respuesta es opinable y sé que hay actitudes discrepantes. Por ello me limitaré a hacer algunas reflexiones sin pretender establecer una doctrina incontestable.

En términos absolutos, el comparatista puede reconstruir algo que atente contra un universal estadístico, ya que su protolengua podría en todo caso ser una de las que la estadística misma prevé que no se atenderán a cualquier universal. Quiero decir con ello que la tipología no puede esgrimirse como argumento decisivo en contra de datos incontrovertibles de naturaleza estrictamente comparativa. Pero una vez asentado ese principio, debemos señalar que, fuera de esa coyuntura extrema, la tipología será útil y atendible en numerosas circunstancias. De hecho, en la inmensa mayoría de las circunstancias en que llega a encontrarse realmente el comparatista.

Utilizando el ejemplo del vocalismo indoeuropeo, conviene recordar que realmente la exigencia tipológica de un sistema con más de una vocal no contradice los datos comparativos escuetos. En efecto, estos últimos nos harían reconstruir en realidad un sistema vocálico de cinco timbres por dos cantidades. En conse-

cuencia, datos comparativos y tipología se encuentran en perfecta armonía.

El conflicto surge cuando al sistema de diez vocales se le aplica la reconstrucción interna. Es por ese segundo método por el que realmente se llega a la vocal única<sup>8</sup>. Ahora bien, la reconstrucción interna es simple razonamiento sobre el funcionamiento de las lenguas y de esa lengua en particular. Parece obvio que en ese terreno sea la tipología la brújula más segura para orientar al comparatista. Una reconstrucción interna que atente contra los datos de la tipología encontrará difícil apoyo en ningún argumento. Por otra parte, los razonamientos de la reconstrucción interna constituyen ya un terreno menos firme que el dato comparativo escueto. La prueba es que hay un amplio número de lingüistas que no se han sentido convencidos por los razonamientos reduccionistas y siguen proyectando hacia atrás en el pasado los cinco timbres vocálicos. La tipología, al enseñar al lingüista lo que suele y lo que no suele suceder, se manifiesta como una poderosa suministradora de elementos de juicio para la reconstrucción interna. En nuestro caso, advierte al comparatista que si, como resultado de su reconstrucción interna, diseña un sistema vocálico de un solo miembro, tiene solamente unas pocas entre seiscientos probabilidades de acertar. A pesar de lo cual, tal vez acierte...

Sucede, por otra parte, con frecuencia que los datos estrictamente comparativos no son concluyentes y el lingüista puede optar por más de una reconstrucción comparativa. Y paralelamente, que la reconstrucción interna puede llevarnos por más de un camino. En situaciones tales parece indiscutible que será más seguro dejarse guiar por la forma en que las lenguas suelen comportarse que por los gustos y preferencias subjetivas o por las personales concepciones del comparatista. El peso de una estadística como la de seiscientos contra unos pocos será un criterio sólido cuando los otros argumentos no son conclusivos.

Pasemos ahora al uso de la tipología como criterio positivo. También de este uso hay notorios ejemplos. Uno elemental y tradicional es reconstruir *s* indoeuropea allí donde unas lenguas tie-

8. Esa afirmación no quedaría invalidada aunque consideráramos que el testimonio de las lenguas anatólicas es dato comparativo estricto para eliminar las vocales largas. Que no lo es. El resto del proceso de eliminación de fonemas vocálicos es pura reconstrucción interna.

nen *s* y otras *h*. Es un criterio tipológico que nos dice qué debemos reconstruir<sup>9</sup>.

Pero tomemos un ejemplo más reciente y complejo: el de las series consonánticas indoeuropeas. Los datos estrictamente comparativos han hecho reconstruir tradicionalmente una serie sorda (*p, t, k, k<sup>h</sup>*) y otra sonora (*d, g, g<sup>h</sup>*) con la casilla vacía de la sonora *b*. En cambio, para la identificación fonética de la tercera serie, los datos comparativos no son decisivos. En efecto, una amplia serie de lenguas (el área mayor) presenta como testimonio histórico sonoras (o sus resultados): iranio, celta, germánico, báltico, eslavo, etc. El latín y el griego tienen sordas aspiradas (o sus resultados). Únicamente en indio hay sonoras aspiradas. La atribución de una serie sonora aspirada al indoeuropeo sobre esa base comparativa no puede considerarse sólidamente fundada. A esa restitución no ha sido, sin duda, ajeno el hecho de que ese tipo de fonemas sea el que tiene históricamente el sánscrito.

La tipología nos dice que un sistema con sonora/sorda/sonora aspirada tiene una incidencia estadística prácticamente nula entre las lenguas del mundo. En ninguna lengua conocida hay sonoras aspiradas sin que haya simultáneamente sordas aspiradas. ¿Qué puede hacer aquí el comparatista?

Comenzaré por decir lo que no debe hacer: violentar o contradecir los hechos comparativos para que su reconstrucción se ajuste a las indicaciones de la tipología. Así, los datos comparativos no permiten atribuir a la lengua común una serie sorda aspirada, que equilibraría el sistema desde el punto de vista tipológico, aunque la tenga el sánscrito. En consecuencia, el comparatista no debe, por el mero imperativo tipológico, restituir tal serie a la lengua común.

El camino correcto será el de armonizar los datos comparativos y los indicativos de la tipología, si ello resulta posible. En el caso del consonantismo indoeuropeo ello implicará:

- 1) Mantener un inventario de tres series, únicas autorizadas por los datos comparativos.
- 2) Replantear la cuestión de la tercera serie en lo que a su

9. Omito, por evidente, que otros criterios pueden coadyuvar, por ejemplo en nuestro caso el del área mayor.

identificación fonética se refiere. Es significativo que sea en ella en la que concurren las dos circunstancias: los datos comparativos son dudosos y resulta tipológicamente anómala.

No es infrecuente que de hecho ambas circunstancias se den juntas: que cuando los indicios tipológicos hacen encender las luces de alarma respecto a una determinada reconstrucción, existan también datos comparativos que militen en la misma dirección.

Sin salir del consonantismo indoeuropeo, encontramos otro caso similar: la serie sonora cuenta, como acabamos de ver, con la casilla vacía de la /b/. La tipología nos dice que la intersección de la labialidad y la sonoridad no suele constituir casilla vacía en las lenguas reales. Que, en cambio, es habitual que la intersección de labialidad con glotalidad la constituya. Paralelamente, existen determinados datos comparativos que apuntan igualmente hacia un primitivo carácter glotal de la histórica serie sonora.

¿Estaría legitimado el comparatista para identificar como glotalizada esa serie por el solo indicio de la tipología? Mi opinión es que si no hay más que el indicio tipológico, no lo estaría. Pero si existen además datos comparativos, aun no siendo por sí mismos concluyentes, al unirse al indicio tipológico se convierten en argumento sólido que el comparatista puede aceptar con garantía<sup>10</sup>.

Resumiré brevemente las consideraciones que preceden sobre el uso de los criterios de índole tipológica en la reconstrucción:

1.—Como criterio negativo no convierten en ilegítima una reconstrucción sólidamente asentada en los datos estrictamente comparativos.

2.—Cuando los datos estrictamente comparativos no son concluyentes, sino que admiten más de una reconstrucción, el comparatista sabrá las posibilidades de acertar que tiene si se decide por la reconstrucción de un rasgo o un sistema estadísticamente infrecuente, o casi inexistente, u otro de frecuencia superior.

10. No quiero entrar aquí en la valoración concreta de los argumentos comparativos que sobre la hipotética glotalidad de la primera serie han aportado algunos de sus defensores, cf. F. Kortland: *Baltistica*, 13, 1977, p. 319 y ss.; *Studia Caucasica*, 4, 1978, p. 1 y ss.; *IF* 83, 1978, pp. 107-18; W. Winter: «The distribution of short and long vowels in stems of the type Lith. *esti:vèsti:mèsti* and OCS *jasti:vesti:mèsti* in Baltic and Slavic languages», *Recent Developments in Historical Phonology* (J. Fisiak, ed.). The Hague, Mouton, 1978, pp. 431-446



3.—En el ámbito de la reconstrucción interna, los datos tipológicos son otros tantos criterios que orientan al lingüista sobre cómo suelen funcionar y evolucionar las lenguas. Si la reconstrucción interna consiste en razonar teniendo en cuenta los mecanismos de las lenguas, la tipología informa al comparatista precisamente sobre esos mecanismos.

4.—Como criterio positivo no puede inducirnos a una determinada reconstrucción, excepto que esa sea una de las posibilidades a partir de los datos estrictamente comparativos.

5.—En general, el ideal es que los datos comparativos y los indicios tipológicos se ayuden y complementen en pro de una reconstrucción acorde con ambos. De hecho sucede que tal concordancia no es infrecuente.

6.—Y, finalmente, la tipología no brinda al comparatista criterios infalibles. Sólo índices de probabilidad. Pero en ello los criterios tipológicos se comportan como todos los existentes tradicionalmente en el método comparativo.

#### IV

Creo que en lo que precede queda ya suficientemente discutida la naturaleza de la ayuda que puede prestar la tipología al comparatista y la legitimidad de su empleo para la reconstrucción. Paso ahora a discutir otros aspectos del escrito de RA.

En p. 109 RA dice: «La distinción entre *Sia* y *Sip* es rarísima; se da, al parecer, en algunas lenguas amerindias: ¿Por qué insistir en ella una y otra vez hablando del indoeuropeo?». La respuesta es obvia y debería conocerla RA: En primer lugar, porque cuando la menciono no es al tratar del indoeuropeo, sino en el capítulo inicial en que expongo los diferentes tipos de sistemas casuales. Concretamente, la separación en dos casos distintos de una y otra función se da en las lenguas de sistema *activo*. Pero hay una segunda razón: existen lingüistas que defienden que el indoeuropeo tuvo precisamente un sistema activo y que, por consiguiente, distinguió *Sia* de *Sip*. Naturalmente, yo no lo creo. Pero para defender eficazmente una teoría propia hay que conocer y refutar las ajenas.

En la misma página añade RA una segunda observación: «La distinción entre S (sujeto de verbo intransitivo) y A (agente) no se da en las lenguas con acusatividad: mejor sería ni mencionarla, no sea que alguien piense que la supuesta (parcial) distinción tipológica es un hecho histórico...». No se ve bien cuál es el alcance de esta observación. Distingo las funciones S y A simplemente porque son distintas y se parecen entre sí tanto como un huevo a una castaña. Y la tal distinción no es una distinción tipológica como dice Adrados, sino sintáctica, y se da lo mismo en lenguas de acusativo que en lenguas de ergativo que en cualquier otro sistema. Lo que tiene de particular las lenguas de sistema acusativo al respecto es que utilizan una misma forma casual para expresar ambas funciones sintácticas si A está en oración transitiva activa. Pero las mismas lenguas de acusativo tratan de forma muy diferente al A de las oraciones pasivas y a S. Pero es que, por añadidura, las lenguas de ergativo distinguen permanentemente ambas funciones expresándolas mediante casos diferentes. Y resulta que la *communis opinio* de la indogermanística actual es que el indoeuropeo tuvo un sistema ergativo. Sería inútil tomar medidas «no sea que alguien piense» cuando de hecho la mayoría así lo piensa. No yo, que presento una teoría alternativa, para lo que habré de exponer y refutar la vigente.

RA continúa confundiendo *sujeto* y *agente*. Y no se trata de una confusión intrascendente: sobre los cimientos de esa confusión está construida su teoría sobre el origen de los géneros indoeuropeos, sobre la que luego volveremos. Sigamos, por el momento, con la confusión entre *sujeto* y *agente*: estaba ya en la formulación original de su doctrina<sup>11</sup> y yo la denuncié en mi libro<sup>12</sup>. Ahora compruebo que sigue arraigada profundamente en su pensamiento impidiéndole un planteamiento nítido del problema. He aquí unas muestras:

a) p. 109: «Villar es muy consciente de que no todo sujeto (A) (sic) es activo». De lo que yo soy consciente es de que no todo agente sintáctico (A) es agente semántico-referencial. Su confusión le lleva hasta representar materialmente *sujeto* con la abreviatura de *agente* (A).

11. F. R. Adrados: *Lingüística Indoeuropea*, Madrid, 1975, pp. 395-406 y 493-500.

12. F. Villar: *Ergatividad, Acusatividad y Género*, Salamanca, 1983, pp. 62-63.

b) p. 113: «probabilidades estadísticas diferentes para el uso de los nombres como sujeto». Se trata del uso de nombres animados e inanimados como agentes.

c) p. 114: «los ergativistas insistieron en que los inanimados no podían funcionar como sujetos». Está claro que en lo que insistieron los ergativistas fue en que los inanimados no pueden funcionar como agentes. Ni el más empedernido ergativista se hubiera atrevido a decir que los inanimados no pueden funcionar como sujetos. Y es que ni todo sujeto es agente ni todo agente es sujeto. Su distinción es elemental. Su confusión, permanente en el pensamiento de RA. Más abajo veremos nuevos ejemplos.

En p. 111 encontramos: «si no se le añadió *-m* por un control de la jerarquía... o bien (como yo pienso) porque al no funcionar habitualmente esos nombres como sujetos la marca era menos necesaria...». Aparte de un nuevo ejemplo de confusión de «agente» con «sujeto», esta frase revela que RA no ha captado cuál es la función de la jerarquía y en qué consiste su control sobre las marcas de *A* y *P*. La confusión de «agente» y «sujeto» priva en esta ocasión a su aserto de todo sentido. En efecto, el razonamiento adecuado sería, en todo caso, así: como los inanimados no funcionan habitualmente como agentes... Pero al poner «sujetos» su aserto resulta simplemente falso: los inanimados funcionan habitualmente como sujetos. Sobre su actuación como agentes, véase lo que decimos más abajo. La incomprensión que RA tiene de la función de la jerarquía se revela al contraponer «control de la jerarquía» a «que la marca era menos necesaria», como si fueran dos cosas diferentes. De hecho el control de la jerarquía consiste precisamente en que se marca la función cuando es necesario y no se marca cuando no lo es o lo es menos.

En p. 113 RA dice: «Pero es que entonces habría que esperar un nominativo animado con  $\emptyset$  y un inanimado marcado, cuando es precisamente al revés». En esta ocasión, RA confunde *ergativo* con *nominativo*. Es la marca de ergativo la que se espera antes en los inanimados. Es ese precisamente el argumento que yo lanzaba (entre otros) contra la teoría de la ergatividad: la *-s* de nominativo no puede ser de un antiguo ergativo porque entonces estaría antes en los inanimados. Como los inanimados no la tienen, esa marca debe explicarse por otro procedimiento. Yo, al contrario que los ergativistas, defiendó que no ha habido ergativo en

indoeuropeo y que en un pasado remoto la lengua común tuvo un sistema mixto acusativo neutro. Y RA me objeta que no tengo razón porque los inanimados no tienen la desinencia -s (!?). Es obvio que el que no la tengan confirma que se trata precisamente de un sistema acusativo, ya que en el sistema acusativo de marca no universal no se marcan ninguna de las dos funciones en los inanimados. Para atacar mi tesis RA lanza un argumento que la confirma y que realmente ataca la tesis contraria. Se debe todo ello, como ya advertimos, a una confusión entre *ergativo* y *nominativo*. RA objeta sobre el «nominativo»(-acusativo) de los inanimados con argumentos que se refieren al «ergativo». A su vez, esa confusión no es más que una nueva consecuencia de la otra ya examinada más arriba entre «sujeto» y «agente». Mientras esas dos nociones no queden claramente distinguidas es natural que se confundan y mezclen otras con ellas relacionadas.

En p. 115 RA dice: «Tanto el sujeto de los sistemas de acusativo como el ergativo de los otros sistemas (uno y otro sintetizado por Villar y sus fuentes en la función A «activa»), tienden a ser animados. Para Villar esto era así absolutamente en indoeuropeo». Como el lector ya habrá percibido, vuelve a repetirse la inevitable confusión entre sujeto y agente que estigmatiza todo el razonamiento de RA. Aquí, por añadidura, nos atribuye a mí y a mis fuentes el sintetizar en la función A (que por cierto no es abreviatura de «activo» sino de «agente», lo que revela una nueva confusión) el sujeto de los sistemas acusativos y el ergativo. Ni a mí ni a mis fuentes se nos hubiera ocurrido tal cosa. Para mí, A es una función sintáctica, la del «agente». El sujeto en una lengua de acusativo reúne dos funciones sintácticas diferentes: S y A. Ni yo ni ninguna de mis fuentes sintetizamos la función S dentro de A. Por su parte, el ergativo es un caso que expresa únicamente la función A.

Finalmente, en p. 125 de mi libro yo no digo, como me atribuye RA, que los agentes (él dice nuevamente «sujetos») fueran exclusivamente animados. Eso lo dice él. Ya lo decía en su *Lingüística Indoeuropea* (p. 398 y *passim*). Yo digo, a lo largo de todo mi libro, exactamente lo contrario: ni en las lenguas indoeuropeas históricas, ni en la lengua común, ni en ninguna lengua real conocida, la función A está reservada a los animados. ¿Por qué me atribuye entonces RA eso? Porque en esa p. 125, perteneciente a

uno de los capítulos dedicados al género, yo definiendo que los géneros animado/inanimado contaron en algún momento con una motivación semántica estricta. Es decir: al género animado pertenecerían todas las palabras de referente animado y al género inanimado las de referente inanimado. Pero ni aun eso sería «absolutamente» como me atribuye RA, pues en ese lugar de mi libro yo acepto la existencia de irregularidades debidas a concepciones especiales de los referentes y otras causas similares. Como puede verse, aquí RA confunde *género animado* con función sintáctica A (en la que son más frecuentes palabras de referente animado).

Que no se trata de una ofuscación momentánea lo demuestra la frase de RA que sigue a la que acabamos de comentar: «Más tarde, los animados dominan todavía estadísticamente en el nominativo, y Villar hace ver muy bien...». Aquí se avanza un paso más en la confusión de elementos relacionados entre sí pero todos ellos diferentes: a la cadena *sujeto = agente = activo = género animado* se añade ahora un nuevo eslabón, el *nominativo*, que son realmente dos por la ya denunciada confusión entre *nominativo* y *ergativo*. En realidad, lo que yo hago ver es que, tras una etapa en que el género animado tiene una motivación semántica estricta, viene otra en que palabras de referente inanimado se van introduciendo en el género animado.

La cadena de confusiones que acabamos de constatar abarca seis conceptos (*sujeto = agente = activo = género animado = nominativo = ergativo*) directa o indirectamente relacionados entre sí, pero todos ellos diferentes y con ámbitos de aplicación perfectamente diferenciados. Pues bien, RA salta de uno en otro en sus razonamientos sin reparar siquiera en ello. No merece la pena insistir en la inanidad de los argumentos y teorías de esa guisa enjaretados.

## V

Paso ahora a examinar algunas argumentaciones de RA que contienen errores de hecho comprobables, inexactitudes o contradicciones más o menos evidentes.

En p. 108 denuncia RA que Comrie «infortunadamente afirma, no demuestra». En el punto en que RA le hace ese reproche, Comrie se limita a constatar que las cosas suceden así en multitud de len-

guas examinadas por él y por otros. Por otra parte, se trata del *abc* de la teoría de la marca. Otra cosa sería que RA dijera que los argumentos y pruebas de Comrie no le convencen. Eso sería discutible y por lo tanto legítimo. Pero decir que Comrie se limita al «I assume» es una afirmación comprobablemente errónea.

Comprobablemente erróneo es también el argumento que RA monta contra mi reconstrucción en pp. 111-112. En él pretende que yo carezco de datos histórico-comparativos y me apoyo exclusivamente en razones tipológicas. Antes que nada habría que recordar a Adrados que la reconstrucción interna es un procedimiento admitido por él. Y que, prescindiendo del recurso a la tipología, puede haber argumentos de reconstrucción interna. Ahora demostraré que mi reconstrucción cuenta con numerosos argumentos de índole comparativa y de reconstrucción interna que me permitieron establecerla sin apelar a la tipología. Sucede únicamente que los indicios de la tipología apuntan en el mismo sentido que esos argumentos. Como RA separa los diferentes puntos de mi reconstrucción en cuatro apartados, seguiré su mismo orden en la discusión:

a) En el nominativo de los animados las formas sin marca son más antiguas que las marcadas. La escisión del vocativo es secundaria.

b) La marca de nominativo (-s o alargamiento) es más reciente que la del acusativo.

c) La forma del nominativo-acusativo temático (-om) presenta una homofonía fortuita con la desinencia de acusativo -m. Originalmente no es la marca citada.

d) La -s (o alargamiento) del nominativo y la -m del acusativo no entraron simultáneamente en el sistema, sino que -m es más antigua.

Estos cuatro puntos de mi doctrina son rechazados genéricamente por RA bajo la siguiente acusación: «no hay para nada de eso argumentos histórico-comparativos, sólo tipológicos, de los que buscan explicar los hechos mediante universales previamente establecidos».

En el rechazo de mi doctrina hay que tomar en consideración sucesivamente dos aspectos: a) La acusación global de falta de argumentos histórico-comparativo y de reconstrucción interna,

puesto que afirma que «sólo tipológicos... mediante universales previamente establecidos». b) Los argumentos particulares que RA intercala para cada uno de los puntos. Cuando me refiero a errores comprobables me refiero al primero de esos dos apartados. Veamos:

a. Sobre la mayor antigüedad de las formas de nominativo sin marca ofrezco argumentos estrictamente comparativos entre pp. 127 y 130, a lo que añado cuatro argumentos nuevos, carentes de toda consideración tipológica en pp. 131-132. La afirmación de RA es, pues, probablemente errónea. Por otra parte, antes de que nacieran los modernos estudios de tipología y se formularan los correspondientes universales, el carácter reciente de la *-s* en el sistema lo habían defendido numerosos lingüistas, entre los que se encuentra Meillet<sup>13</sup>. ¿Por qué me acusa entonces RA de no existir más argumento que «el universal previamente establecido»? ¿Ha querido decir, tal vez, que existe otro tipo de argumentos, de índole comparativa y de reconstrucción interna, pero que no le resultan convincentes? No parece que sea esa la explicación, ni tampoco el que le hayan pasado desapercibidos, ya que en el apartado a) de p. 111 RA señala que en este apartado mi doctrina es «aceptable y está *perfectamente argumentada* (?). ¿Cómo argumentar «perfectamente» si no existen argumentos?

b. Para la mayor antigüedad de la desinencia *-m* del acusativo que la *-s* (o alargamiento) del nominativo aporto igualmente argumentos tradicionales en p. 127 de mi libro: menor variabilidad dialectal de *-m* y extensión universal de *-m* a todos los animados. Hasta ahí no se trata de tipología. También son argumentos tradicionales los que utilizaba Pedersen<sup>14</sup> para considerar la *-m* de acusativo un elemento antiquísimo, que estaría presente en lenguas uralo-altaicas con la misma función. Por otra parte, los mismos argumentos comparativos utilizados en el apartado anterior sirven, en parte, para éste. Cuando diferentes lingüistas han considerado que la introducción de *-s* en el sistema es reciente, ello implicaba que es más reciente que *-m*, el otro de los elementos del sistema de expresión de los actantes. Tanto Pedersen como los anteriormente citados no podrían haberlo argumentado con «universales previamente establecidos», por la sencilla razón de que esos uni-

13. Véase la bibliografía en F. Villar: *Ergatividad, Acusatividad y Género*, Salamanca, 1983, p. 129.

14. H. Pedersen: *KZ*, 39, 1906, p. 468; *KZ*, 40, 1907, pp. 129-207.

versales no habían sido todavía formulados. Lo hicieron con los argumentos tradicionalmente empleados en la gramática histórico-comparativa.

c. La distinción entre la *-m* de acusativo y la del nom-ac. neutro temático fue enérgicamente mantenida por Meillet, y aceptada con diferentes argumentos por Hirt, Agrell, Ribezzo y Burrow entre muchos otros. Los argumentos que esos lingüistas han esgrimido para defenderla han sido comparativos y de reconstrucción interna, y sus propuestas fueron hechas en fechas muy anteriores a los célebres universales tipológicos y a los estudios sobre los sistemas casuales efectuados en estos últimos diez años por la «cross linguistics». Yo mismo acepté ese punto de vista ya en 1969<sup>15</sup>, ajeno todavía a toda consideración tipológica.

d. Este punto es una reiteración de los anteriores. En consecuencia no vale la pena insistir.

Como consecuencia de las precisiones que acabo de aducir, queda claro que es comprobablemente erróneo que no haya para mis propuestas de reconstrucción más argumentos que los tipológicos consistentes en proyectar a la protolengua universales previamente establecidos. Argumentos comparativos y de reconstrucción interna, los hay. Aceptaría como legítima la observación de que no resulten conclusivos por sí solos, particularmente en algún apartado. Ahora bien, es en esos casos, como ya dije, cuando puede ayudarnos a acertar el tener en cuenta qué sucede en las lenguas reales. En nuestro caso, cómo se comportan las lenguas de sistema acusativo. Negarse a aceptar ese tipo de ayuda es condenarse a elegir entre las varias alternativas posibles sin otro criterio que la propia inclinación o gusto subjetivo del comparatista.

Paso ahora a analizar los comentarios particulares que hace RA en algunos de los apartados que preceden. Como ya me he referido en páginas anteriores a alguno de ellos, elijo ahora uno en particular, de especial significación.

Como apostilla al apartado d) dice RA: «Creo que es muchísimo más lógico partir de alargamientos puramente facultativos y que se organizan en sistemas simultáneamente». Esta consideración de RA sirve para ilustrar exactamente el riesgo que denunciamos

15. F. Villar: *Origen de la Flexión Nominal Indoeuropea*, Madrid, C.S.I.C., 1974, pp. 265-266. Se trata de mi tesis doctoral leída en 1969-70, aunque la publicación se retrasó algunos años.



en el párrafo anterior: el comparatista elige una determinada explicación simplemente porque a él le parece «muchísimo más lógica», naturalmente, desde sus personales presupuestos. Por otra parte, este comentario de RA nos da la clave de su crítica contra mi reconstrucción.

En efecto, es una constante en el pensamiento de RA, la piedra angular de su concepción del origen de los sistemas flexivos indoeuropeos, que toda desinencia y todo sufijo es un antiguo alargamiento facultativo, es decir, carente de toda función. Habría existido un número considerable de tales alargamientos que luego se habrían ido morfologizando por oposiciones multilaterales. Como dentro del sistema nominal el nominativo y el acusativo se oponen muy directamente, presume RA que la morfologización de *-s* y *-m* hubo de ser simultánea. Por otra parte, la simultaneidad de ambas morfologizaciones es explícitamente postulada por el propio RA. Por ello no puede aceptar que uno de esos elementos sea más antiguo que el otro.

Que ese sea el origen de los elementos morfológicos es, en el pensamiento de RA, un postulado axiomático y universal. Como axiomático, no se siente en la necesidad de demostrarlo. Simplemente RA encuentra «muchísimo más lógico». Eso basta. «I assume», que él critica en los demás. Como universal, es aplicable, por definición, a todo elemento morfológico sin excepción y sin un esfuerzo demostrativo específico para cada ocasión.

RA incurre así en el defecto que él achacaba sin fundamento a la tipología: proyecta a la protolengua un esquema abstracto y universal (los alargamiento facultativos sin función que se morfologizan simultáneamente en oposiciones multilaterales) del que se sirve para explicar toda la morfología indoeuropea. Pero su proyección es peor que la de cualquier universal tipológico, porque a diferencia de esos universales, formulados sobre la estadística del comportamiento mayoritario de las lenguas, su esquema no cuenta con testimonio alguno entre las lenguas reales que en etapas comprobables históricamente hayan desarrollado sistemas morfológicos o categorías más o menos numerosas.

Digamos, pues, que la explicación propuesta por RA no es precisamente la de un «cambio morfológico usual». Más aún: no existe una sola lengua real que presente una tal situación de alargamientos numerosos, facultativos y carentes de función. Probable-

mente una lengua así sería algo verdaderamente aberrante como lengua, al atentar a los principios más evidentes del lenguaje humano: la economía y la sistematicidad. Naturalmente, RA va a mantenerse en su postura. Pero las probabilidades que tiene de acertar son prácticamente nulas.

En este punto debo manifestar que mi tesis doctoral<sup>16</sup> fue realizada bajo la dirección de RA y tomando, en consecuencia, como punto de partida el esquema de la morfologización de alargamientos facultativos a que acabo de aludir. Ya entonces me resultaba difícil de aceptar una lengua que funcionara con alargamientos facultativos en cantidades masivas y buscaba salidas posibles a la aporía como puede verse en pp. 40 y ss. de mi *Origen de la Flexión Nominal Indoeuropea*. Sirva la crítica que precede como explicación del motivo por el que hace tiempo que abandoné el esquema de los alargamientos facultativos como explicación universal del origen de los sistemas flexivos indoeuropeos. A las razones dadas en los párrafos que preceden podría añadir otras de diversa índole, pero no es éste el lugar indicado.

Quiero, sin embargo, dejar pública constancia de que ello no supone por mi parte una ruptura radical ni un abandono de todo lo que RA me enseñó como maestro. Muy al contrario, eso supone exactamente ser fiel a su magisterio. Lo más importante que de él aprendí fue a no asentir a los argumentos de autoridad y a no dar sin más por buenas las respuestas a los problemas consagradas por la tradición. Inevitablemente ello me ha llevado con frecuencia a discrepar igualmente de sus puntos de vista en el terreno de la Lingüística Indoeuropea. Amicus Plato, magis amica veritas.

Otro error comprobable aparece en la afirmación de que la *-\*m* puede faltar también en los animados, que aparece en pp. 111 y 117. Con ello pretende RA equilibrar la balanza de la antigüedad de la *-\*s* y de la *-\*m*: si la *-\*s* falta en numerosos tipos flexionales y ello es un argumento a favor de su tardía introducción, la *-\*m* también faltaría.

Examinemos los hechos: la *-\*s* en el nominativo de los animados falta en numerosos temas flexionales (temas en *-n*, *-r*, *-s*, *-ā*, *-ī* y algunos en *-nt*). Su presencia no es necesaria para la adscripción de la correspondiente palabra a los géneros animados: tan animado es *mensa* como *nauis*). No sucede a la inversa. No existe

16. F. Villar: *Origen de la Flexión Nominal Indoeuropea*, Madrid, C.S.I.C., 1974.

ni un solo tipo flexional de palabras animadas que puedan prescindir de *-\*m* y seguir siendo animadas. Como no existen, RA no puede citarlas. A lo que alude en p. 111 y 117 es un hecho diferente y bien conocido: los temas en *-r* (y otros) que en el resto del indoeuropeo son de género animado, en hetita son inanimados. El paso de uno a otro género consiste simplemente en que se les dota de una forma de acusativo en *-\*m*, proceso que está en curso en hetita. En realidad, decir «palabra de género animado» es sinónimo de «palabra con una forma de acusativo diferenciada marcada con *-\*m*». No cabe en cambio la definición contraria, que sería: «con forma diferenciada de nominativo en *-\*s*». Para que esto último fuera también exacto y el status distribucional de *-\*s* y *-\*m* fuera equiparable tendrían que existir tipos flexionales que tuvieran un nominativo en *-\*s*, un acusativo con  $\emptyset$  (sin *-\*m* en cualquier caso) y pertenecieran al género animado. Pero esos tipos son totalmente desconocidos en indoeuropeo y en cualquier lengua indoeuropea. Los temas en *-r* que cita Adrados en este contexto se limitan, como hemos visto, a pertenecer generalmente al género inanimado en hetita. Pero tan pronto como a una de esas formas se la provee de una *-\*m* en la función acusativo se convierte en animado. Ese dato, en lugar de militar contra la universalidad de la *-\*m* en los animados, la corrobora.

## VI

No faltan en el trabajo de RA suposiciones asumidas sin ningún apoyo ni comparativo ni tipológico. Ya me he referido a una: la de que todos los sistemas morfológicos proceden de la morfologización de alargamientos facultativos carentes de función. Veamos ahora otras nuevas.

En p. 117 da por sentado que los inanimados eran muy poco usados como «sujetos». Paulatinamente se habrían comenzado a tolerarlos en tal función hasta que «al final todo inanimado pudo ser sujeto» (aunque con limitaciones de distribución). Lo peor del caso es que RA me atribuye a mí una convicción equivalente (p. 115), que ya he rechazado más arriba.

Es decir: Adrados cree que muy pocos inanimados tenían en indoeuropeo capacidad para actuar como sujetos (en realidad en

su libro aseguraba que «por definición no podían»; ahora, ante mis argumentos, acepta que algunos sí podrían, pero un porcentaje escasísimo). En etapas posteriores el número de inanimados con capacidad para funcionar como «sujetos» habría ido creciendo hasta abarcar a todos ellos.

Esa presunción es totalmente gratuita: carece del más mínimo apoyo en los datos comparativos (en ninguna lengua indoeuropea sucede así) y el comportamiento general de las lenguas del mundo lo desmiente igualmente. Se trata de una creencia que se basa en un prejuicio mentalista que confunde agente referencial con función sintáctica *A*. En el pensamiento de RA se complican las cosas por su personal confusión entre «sujeto» y «agente».

Los datos comparativos al respecto son éstos: en todas las lenguas indoeuropeas antiguas y modernas *todas* las palabras de género inanimado así como las de género animado con referente inanimado pueden actuar sin ninguna dificultad en las funciones *S* y *A*, y de hecho así lo hacen habitualmente. Para ello contamos con datos cuantificados del griego, latín, gótico, eslavo antiguo, sánscrito, etc. Un estudio diacrónico del griego y del latín muestra que esa capacidad se ha mantenido sensiblemente igual y que no ha crecido con el tiempo. En ninguna lengua se observa más restricción que la que deriva de la exclusión de determinadas combinaciones semánticas, que impiden ciertos usos tanto para animados como para inanimados. En conjunto, en las lenguas indoeuropeas antiguas, como en todas las lenguas del mundo conocidas, los inanimados cumplen la función *S* en la misma proporción que los animados. También cumplen la función *A*, pero ahí, las restricciones distribucionales de índole semántica afectan más a los inanimados.

Para RA, en esta ocasión, son los datos comparativos los que carecen de relevancia. Los despacha diciendo que el que esos sean los datos históricos de las lenguas indoeuropeas «nada demuestra para el indoeuropeo». Dicho así, parece una negación pura y simple del método comparativo. Creo, sin embargo, que lo que RA pretende decir, es que aunque el indoeuropeo de la reconstrucción comparativa no contó con esa restricción, pudiera haber existido en fases más remotas. Pero ¿de qué argumentos dispone RA para suponer que fue realmente así? Evidentemente no de argumentos comparativos, que militan en contra. Tampoco del comportamiento habitual de las lenguas, que es contrario. Se trata de una presunción gra-

tuita, carente de cualquier fundamento. Si RA la defiende es porque necesita que los inanimados no hayan podido funcionar como «sujetos» para poder explicar dentro de sus ideas que hayan permanecido sin marcas. Se trata de una presuposición sin fundamento que tiene que mantener contra la evidencia comparativa y tipológica porque, si no, su tesis se derrumba.

Pero, en cualquier caso, no se me atribuya a mí tal postura. Yo me limito a constatar que los datos comparativos no permiten suponer que el número de los inanimados capacitados para funcionar como S y como A haya aumentado con el tiempo. Así como que tampoco ha aumentado la proporción estadística de su empleo. Sin duda ésta se ha mantenido sensiblemente igual, porque ello depende únicamente de combinaciones semánticas más o menos estables.

## VII

Para terminar, comentaré algunos puntos más del escrito de RA en que encuentro deficiencias de varia índole.

Insiste RA en los conceptos de animismo. Creo que se refiere en realidad no a la doctrina etnológica de ese nombre, sino a la concepción especial de determinados referentes por parte de las distintas comunidades o grupos, en forma permanente o transitoria. Si se refiere a ello realmente, yo lo acepto también, porque es evidente que esas cosas suceden. En mi libro doy ejemplos indoeuropeos y no indoeuropeos de ello<sup>17</sup>.

Lo que yo, y otros muchos, negamos es que el animismo (o esas concepciones especiales) sean capaces de explicar por sí solas las innumerables anomalías que hay en el género indoeuropeo. Podrían ser la explicación para unas determinadas nociones de fuerzas naturales que fueran concebidas como seres vivos, o hechos similares. Pero no son cosas de esa índole las que suceden en el género indoeuropeo. Se trata, por el contrario, de una presencia masiva de palabras de referente inanimado en el género animado sin ninguna justificación ni semántica ni referencial posible.

Como el animismo no resulta una doctrina suficiente para

17. F. Villar: *Ergatividad, Acusatividad y Género*, Salamanca, 1983, pp. 115-116.

explicar las anomalías del género indoeuropeo, hay que buscar soluciones alternativas.

Añadiré dos observaciones a los argumentos de RA favorables al animismo:

1) El hecho de que su camionero llamara «cabrón» al vehículo atascado no esperará RA que demuestre que, ni aun momentáneamente, el camionero concibiera a su camión como un ser dotado de vida propia. Quiero decir con ello que los fenómenos lingüísticos de esa clase no tienen porqué suponer concepción especial del correspondiente referente.

2) Respecto a la existencia de dobles del tipo lat. *agnis*/gr. *pūr* hay que señalar que también en español (y en cualquier lengua de cualquier época) puede haber tales dobles. Así, para el mismo referente hay en español *clavo* (masculino) y *punta*, *tachuela* (femeninos). ¿Estaría RA dispuesto a sostener que el uso de *clavo* implique una concepción viril del referente, y que el de *punta*, *tachuela* femenina? Estoy seguro de que no lo estaría. Y, sin embargo, existe la misma razón para suponer que *agnis* y *pūr* reflejan dos concepciones diferentes del mismo referente entre los indoeuropeos. La diferencia está en que a ellos les podemos atribuir las concepciones que se nos ocurran sin que puedan desmentirnos. Ya sé que una tal propuesta procede de Meillet. Pero los datos históricos de las lenguas indoeuropeas más antiguas no lo corroboran<sup>18</sup>. También aquí podría decir RA que eso no significa que no existiera en indoeuropeo. Pero la proyección a la lengua común de la tal doble concepción se revelará, una vez más, como una mera especulación sin fundamento.

Para insistir en la refutación de la teoría del ergativo indoeuropeo RA me brinda un argumento nuevo, según él decisivo: no existe en indoeuropeo ergatividad porque no existe un tratamiento diferente de S y A.

No es función mía, sino de los ergativistas, el refutar los argumentos desplegados en su contra. No obstante, haré de abogado del diablo para mostrar la razón por la que yo no lo considero utilizable.

18. Para el latín, B. Diéguez: *Estudios del Género Animado e Inanimado en el Vocabulario Latino*, Memoria de Licenciatura de la Universidad de Salamanca, 1982; para el griego, T. López Fonseca: *Estudio del Género Animado e Inanimado en el Vocabulario Griego*, Memoria de Licenciatura de la Universidad de Salamanca, 1985

Los ergativistas saben perfectamente que las lenguas indoeuropeas históricas y el indoeuropeo de la reconstrucción comparativa no distingue mediante dos casos diferentes las funciones S y A, como lenguas de acusativo que son. Pero opinan que en un pasado remoto habría atravesado por una etapa ergativa, en que la función S se expresaría mediante  $\emptyset$  y la función A mediante  $-*s$ . Mucho antes de la separación de los dialectos, la forma en  $-*s$  habría asumido la función S reuniéndola con A. De modo que el indoeuropeo más reciente habría tenido ya S y A fundidas en un solo caso (nominativo), sin huellas de la anterior distinción.

En realidad, «diferenciar A de S(+P)» y «tener un sistema ergativo» son expresiones sinónimas, de modo que RA en realidad, al decir que el indoeuropeo no tuvo sistema ergativo porque no diferenció A de S en lugar de un argumento está formulando una tautología.

Tratándose del anatolio, el argumento sí tiene sentido, y por eso yo lo usaba allí. En efecto, se trata en ese caso de lenguas históricamente testimoniadas sobre cuyos textos se puede demostrar filológicamente que las formas en  $-anz$  no son ergativas porque cumplen funciones tanto de A como de S.

El argumento decisivo contra el ergativismo es que, en contra de su postulado, los inanimados pueden actuar como agentes. Si pueden, deberían tener  $-s$  y en consecuencia no se explica el nacimiento de los géneros animado/inanimado en términos de presencia/ausencia de  $-s$ . Establecido que los inanimados actúan normalmente en función A, el ergativismo se derrumba por sí solo.

Sin embargo, ese argumento le parece a RA «de menor cuantía» (p. 115). Y ello se debe, en primer lugar, a que desvirtúa su fuerza al transcribirlo en forma inexacta: «el de que no es cierto que todos los inanimados estén excluidos de la función de sujeto». Eso no es mi argumento, es la idea que RA quiere hacerse de él. Lo que demuestran los hechos comparativos y el comportamiento de las lenguas reales es que todos los inanimados pueden cumplir tanto la función S como la función A. No es que unos puedan y otros no. Pueden hacerlo todos normalmente.

De otra parte, RA tiende a minimizar ese argumento porque en realidad desmonta no sólo la teoría de la ergatividad, sino también la del propio RA, que se basa igualmente en la incapacidad de los inanimados para funcionar como «sujetos». El se ha per-

catado de que esa convicción la comparte con los ergativistas (p. 115). En realidad hay una cosa más que comparte con ellos (o con la mayoría de ellos): la apelación al animismo como panacea ante las dificultades que plantean las anomalías semánticas de los géneros indoeuropeos.

En p. 112 arguye RA en tono de crítica que la interpretación del sistema acusativo-neutro es tipológica. Al menos aquí no afirma que la reconstrucción de un sistema tal carece de base comparativa y es una mera proyección de esquemas tipológicos. En efecto, rara vez los datos comparativos son más claros, abundantes y contundentes: un sistema así es el que existe de hecho en todas las lenguas indoeuropeas antiguas. Lo que aquí censura RA, si entiendo bien (ya que no hay toma de postura explícita), es otra aplicación distinta de la tipología: tampoco sería lícito explicar sincrónicamente los hechos de una lengua a tenor de los datos de las lenguas reales existentes. En conjunto, la impresión que da es que RA detesta simplemente la tipología y cualquiera de sus usos. Ilustraré lo que digo con un ejemplo más.

En p. 109 descalifica la teoría tipológica de los sistemas de expresión de las funciones semántico-sintácticas *Sia*, *Sip*, *A* y *P*, calificándola de construcción mental universalista y algebraica, de poco interés práctico, y le reprocha además que induce a error y que por añadidura la mayoría de las combinaciones posibles no existen. Veamos qué fundamento tiene tan áspera diatriba.

La relación de los participantes con el verbo puede presentarse bajo cuatro funciones semántico-sintácticas, que se encuentran en todas las lenguas del mundo, si bien los modos concretos de su expresión admiten una variabilidad ilimitada. Esas cuatro funciones las simbolizamos como *Sia* (sujeto de verbo intransitivo activo), *Sip* (sujeto de verbo intransitivo no activo), *A* (agente) y *P* (paciente).

De hecho, a lo largo de las lenguas del mundo esas cuatro funciones aparecen agrupadas entre sí en formas varias, de manera que suelen dar lugar no a cuatro casos diferentes sino a un inventario inferior.

Lo mismo que veíamos con las seis posibles combinaciones de *S*, *O* y *V*, de las que dos (*SOV* y *SVO*) son las que se dan en un 90 % de las lenguas, con las combinaciones posibles de *Sia*, *Sip*,



*A* y *P* hay también unas mucho más frecuentes que otras. Y eso no puede ser fruto del azar.

Las combinaciones posibles pasan de la docena, y van desde la que distingue cuatro casos (máxima distintividad, mínima economía) hasta la que expresa indiferenciadamente las cuatro funciones con una única forma común (máxima economía, mínima distintividad).

De hecho, los sistemas más frecuentes son *Sia+Sip+A/P* (sistema acusativo), *Sia+Sip+P/A* (sistema ergativo), *Sia+Sip/A/P* (sistema tripartito) y *Sia+A/Sip+P* (sistema activo). Si a ellos se añade el sistema neutro (el que reúne las cuatro funciones en una forma única), infrecuente como sistema único para una lengua pero muy frecuente en combinación con otros, podemos afirmar que la práctica totalidad de las lenguas del mundo funciona con uno de esos cinco sistemas, o con una combinación de dos (más raramente tres) de ellos.

Así pues, de una docena larga de posibilidades, prácticamente sólo cinco se utilizan con una frecuencia porcentuable. Las otras diez están insignificantemente representadas o no lo están en absoluto.

Pero dentro de los cinco tipos posibles, no todos gozan del mismo favor en la elección de las lenguas. De hecho, la inmensa mayoría de ellas tienen un sistema acusativo o un sistema ergativo, o una mezcla de ambos, o una mezcla de uno de ellos con el sistema neutro. En otras palabras: el sistema tripartito y el activo, solos o en combinaciones, son los menos utilizados de los cinco. Finalmente, el sistema acusativo es más frecuente que el ergativo y el acusativo-neutro mucho más frecuente que el ergativo-neutro.

Es evidente que la fuerza misma de la estadística, la preponderancia de unos tipos sobre otros, así como la práctica inexistencia de la mayoría, no pueden ser fruto del azar. Esos son los hechos escuetos. Hasta ahí no hay ninguna construcción mental. O más exactamente: no hay más construcción mental que la que se da en cualquier ciencia que recoge y clasifica los datos de la experiencia.

Corresponde a continuación a la teoría explicar el por qué de la distribución estadística de los sistemas. Como es sabido, será buena la teoría capaz de explicar los hechos y hacer predicciones. Una teoría con esos requisitos ha sido elaborada por varios lin-

güistas para explicar la situación factual de los sistemas que nos ocupan. Esa teoría permite explicar por qué los sistemas acusativo y ergativo son los más frecuentes, a qué se debe la existencia de sistemas mixtos y, lo que es más importante, es capaz de hacer predicciones sobre la frecuencia de los tipos restantes. Si una tal teoría es una construcción mental y algebraica, e «inútil porque la mayoría de las combinaciones posibles no existen», es que la actividad teórica en la ciencia lo es siempre. Entiéndase que la crítica de RA no consiste en argüir a la teoría de desacierto o insuficiencia, sino de inutilidad. De modo que intentar (y en nuestro caso conseguir en una amplia medida) explicar el por qué las cosas son como son, es calificado por RA de inútil.

\* \* \*

En fin, podría seguir enumerando y criticando pasajes del escrito de RA. Creo que con lo dicho es suficiente para hacer ver que su hostilidad hacia los modernos estudios de tipología y específicamente a la tipología de los sistemas casuales, así como su reticencia a aprovecharlas en la reconstrucción, está motivada por una familiaridad limitada con ella. Que la defensa que plantea de sus viejas posiciones sobre el género indoeuropeo está fundamentada sobre una cierta confusión de los conceptos. Que, en general, sus argumentos contienen no pocas inexactitudes.

Cada cual es, evidentemente, libre de aceptar o rechazar una nueva teoría. Cada cual es también libre de adentrarse o no por los derroteros de los modernos estudios tipológicos. Pero lo que sí tiene derecho a esperar un autor es que su teoría se juzgue con un conocimiento exacto de los presupuestos teóricos en que se asienta, que se la entienda adecuadamente antes de juzgarla y que se efectúe la crítica sin que el disgusto personal del crítico influya en su juicio ni sea la causa determinante de la reseña. Temo que algunas de esas condiciones pueda faltar en el escrito de RA.